

ESPIRITUALIDAD DE LA PARTNERSCHAFT

Texto base ampliado y mejorado para la elaboración de los cursos sobre la
Espiritualidad de la Partnerschaft
P. Felipe Zegarra (Callao)

Puntos previos:

- (1) La decena de textos **en rojo** y cursiva buscan promover una efectiva participación de todas y todos, pero pueden ser trabajados en la forma que los coordinadores de cada reunión consideren más oportuna (desde momentos de oración personal o reflexión bíblica hasta el uso de dinámicas: clasificación de tarjetas, etc.). Debemos recordar que se trata de aprender juntos, unos de otros, mutuamente.
- (2) Los textos bíblicos no están de adorno, sino que pueden ser una ayuda valiosa para lograr un real crecimiento en la espiritualidad. Quienes hagan de animadores pueden elegir uno o más textos para el trabajo en grupos. Algo similar puede decirse de los textos del Magisterio, pues no se trata de abrumar, sino de ayudar a la reflexión espiritual.
- (3) Siglas: LG = Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia,- GS = Concilio Vaticano II, Const. Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo moderno.- EiA = Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* (22.I.1999).- NMI = Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, del Papa Juan Pablo II, al concluir el gran Jubileo del año 2000 (6.I.2001).- DP = Documento de Participación. Hacia la V Conferencia del episcopado Latinoamericano y del Caribe (2006).

FZR.

Espiritualidad de la Partnerschaft

Hace poco tiempo, hemos recibido y podido leer un folleto muy sencillo sobre los cuatro **lineamientos** de nuestra Partnerschaft: Espiritualidad, Comunicación, Solidaridad y Organización. Antes de seguir adelante, y dejando para después una explicación, es necesario observar que estos lineamientos se integran y se relacionan fuertemente.

Ahora, queremos reflexionar sobre **la espiritualidad de la Partnerschaft**. Pero sería muy bueno si respondemos a estas preguntas:

¿Hemos leído atentamente el folleto mencionado? En caso contrario, conviene que dediquemos unos minutos a leerlo tranquilamente.

Y ahora, ¿qué nos dice ese folleto sobre el tema de la espiritualidad? Conversemos en grupo unos 20 minutos.

1. ¿Qué entendemos por “espiritualidad”?

En términos cristianos, espiritualidad es algo muy distinto al “espiritualismo”. En el Nuevo Testamento aprendemos que es **un estilo de vida**. Hablamos de espiritualidad para referirnos a **una vida según el Espíritu de Jesús**.

“El encuentro con Jesucristo es la raíz, la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia y el fundamento del discipulado y la misión” (DP, n. 39; cf. n. 46).

Por eso, espiritualidad significa vivir con intensidad la respuesta al llamado previo del Señor Jesús. En el mundo cristiano y católico hay distintas espiritualidades (como, por ejemplo, en las órdenes o congregaciones religiosas, en los antiguos y nuevos movimientos); es decir, hay modos diferentes de vivir con integridad el cristianismo. Desde el punto de vista de un creyente, ese estilo de vida lo compromete por entero. Pero no hay camino alguno de espiritualidad que logre asumir enteramente el estilo de vida de Jesús (vea Efesios 3,8.10.17-19).

¿Conocemos algunas de estas líneas espirituales? ¿Qué encontramos en ellas de valioso?

La Iglesia es “pueblo «congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»” (NMI, n.30, que cita LG, n.4). Por eso, hablando todavía en términos generales, una espiritualidad cristiana es **toda forma de vivir con firmeza nuestra relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero es ante todo un gran don de su amor por nosotros**. Dice el profeta Sofonías: «Yahveh tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta» (3,16-18a¹). Por ello, una primera manifestación de espiritualidad es la acción de gracias como reconocimiento sincero por el don recibido.

“El cristianismo es gracia, es la sorpresa de un Dios que... se ha puesto al lado de su criatura” (NMI, n. 4). Para vivir como cristianos y para ser Iglesia, “es necesaria una gracia de «revelación» que viene del Padre” (NMI 19; vea n. 38), por medio de Jesús el Cristo. Dice el evangelio de San Juan, «A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (1,18), es decir, Jesús ha dado a conocer al Padre por medio de sus obras y por su acción en la historia humana, proclamando así –con hechos y con palabras- la Buena Noticia.

“Teniendo como fundamento la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. Jn 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al testimonio de los Apóstoles (15,27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. 1 Jn 1,1)” (NMI, n. 17; sobre la enseñanza de los apóstoles, vea también Hch 2,42 y Mt 28,20). La confluencia entre nuestra experiencia interior del Espíritu de Dios y la enseñanza apostólica, en la Sagrada Escritura, permite comprender la afirmación del propio Jesús: «Dichosos los que sin ver, creen» (Jn 20,29).

Ahora bien, al encuentro con el Señor “no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo la experiencia del silencio y la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede desarrollarse” una espiritualidad profunda (NMI, n. 19). La oración “nos recuerda constantemente la primacía de Cristo” (NMI, n.38), a partir “de una renovada escucha de la palabra de Dios” (NMI, n. 39).

El cristianismo se distingue por “el arte de la oración”, que se vive “ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial” (NMI, n. 32), especialmente en la Eucaristía dominical (NMI, n. 34; vea DP, ns. 58, 59 y 62). De allí que “nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración”, precisando que si bien se trata de “una oración intensa”, ella de ningún modo “aparta del compromiso en la historia” (NMI, n. 33).

¹ Primera lectura del Domingo III de Adviento, ciclo C (leída el 17 de diciembre del 2006).

Un hecho particular de muchas de las parroquias y movimientos que en el Perú integran la Partnerschaft es el compromiso de oración frecuente por nuestras Partnercomunidades y por todos los que, en el Perú y en Alemania, integran la Partnerschaft; ya se ha establecido en todo el país la oración de los segundos domingos del mes de noviembre, cerca de la festividad de San Martín de Porres.

En este campo de la vida sacramental, un desafío particular que debemos enfrentar es el de “proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación”, para así “afrentar la crisis del sentido del pecado”. Se trata de descubrir y hacer descubrir “a Cristo como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo” (NMI, n. 37).

En la experiencia peruana de Partnerschaft, la participación eucarística es frecuente. Pero es importante que nos examinemos: ¿Son nuestras comunidades verdaderas escuelas de oración y de sincera acción de gracias? ¿Manifestamos en nuestra práctica de la Reconciliación el misterio del Dios que es rico en misericordia?

Dios nos es presentado (“narrado”) por Jesús como Padre, pues él usó una expresión familiar: *abba* (equivale a papá, *taytacha*; vea Marcos 14,36, Gálatas 4,6 y Romanos 8,15). **En relación al Padre**, espiritualidad es vivir en permanente apertura a su iniciativa de amor (1 Juan 4,19), y estar dispuestos a identificar en lo más propio de nuestra persona (= vocación, llamado) su voluntad y realizarla con generosidad (Mateo 6,10; 12,50, etc.).

Jesús se identificó sobre todo como un ser humano (Hijo del hombre), pero sus acciones y en particular su entrega absoluta lo evidenciaron como Hijo de Dios. **En relación a Jesús**, nos reconocemos como hermanos y hermanas, y buscamos seguirlo a lo largo de nuestra vida, es decir, ser discípulos y misioneros suyos. Este tema ha sido muy fuerte en la iglesia peruana y latinoamericana desde el Concilio Vaticano II (1962-1965), y ahora ha sido propuesto como eje central de la V Conferencia de los Obispos de América Latina y el Caribe. Discípulo es, sobre todo, quien acoge el mensaje de la Buena Noticia del Reino (Marcos 1,14), comunidad a la que hemos sido convocados (Mateo 5,3 y 10; Mateo 25,34), y se siente interpelado fuertemente a comunicarla.

El jueves santo, en la última cena, Jesús dijo a sus discípulos: “les conviene que yo me vaya” (Juan 16,7), porque el Padre enviará al Espíritu Santo, “para que esté con ustedes para siempre” (14,16). Es él quien nos recuerda lo que Jesús dijo (14,26), quien nos guía a la plenitud del evangelio (16,13) y quien da en nosotros testimonio de Jesús (15,26). Además, el Espíritu de Dios es la fuente de donde “se derrama” con abundancia sobre nosotros el amor del Padre (Romanos 5,5) y la libertad propia de la vida cristiana (2 Corintios 3,17; vea Gálatas 5,1 y 13-26). Por eso, **en relación al Espíritu Santo**, espiritualidad es dejarse conducir permanentemente por él, y por el *agápe*, que es su don principal (ver S.S. Benedicto XVI, *Deus caritas est*).

¿Vivimos con claridad nuestra relación con Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu? ¿Qué significa para nosotros y nuestras parroquias o movimientos ser discípulos de Jesús? ¿Hemos ido aprendiendo a desarrollar nuestra condición de misionero, al menos en el entorno más cercano? ¿Nos estamos preparando a acoger las nuevas gracias y exigencias de la V Conferencia Episcopal?

2. Líneas de una espiritualidad específica de la Partnerschaft

El día de Pentecostés, después de la predicación de Pedro, se unieron a los apóstoles varios miles de nuevos discípulos. A continuación, los Hechos de los Apóstoles presenta una imagen de la naciente Iglesia en términos que son muy actuales e importantes, y que nos ponen ante un gran reto:

Acudían frecuentemente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones... Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno... Partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar (Hechos 2,42-47; ver D.P., n. 17).

El Espíritu Santo, “Amor que ha sido derramado en nuestros corazones”... nos convocó en la comunidad de los hijos de Dios, de los discípulos y misioneros de Jesucristo, en una palabra, en su Iglesia” (DP, n. 14).

Algo de esta vivencia de la Iglesia se va reforzando en nosotros gracias a la experiencia de la Partnerschaft con nuestros hermanos de la arquidiócesis de Friburgo en Alemania. Durante las visitas que ellos nos hacen o que algunos de los miembros de nuestras propias parroquias o movimientos tienen la fortuna de realizar, y también gracias a nuestros esfuerzos de comunicación por cartas, etc., se fortalece la experiencia de la fraternidad, el compartir sencillo y alegre, un nuevo clima de oración y de participación en la Eucaristía, esa actividad mayor de la Iglesia que en los primeros años del cristianismo llamaban sencillamente “la fracción del pan” (Lucas 22,19; 24,30 y 35; Hechos 2,42; 20,7 y 11; 1 Corintios 10,16; 11,24).

Una palabra clave en el texto de Hechos 2 antes citado es “comunión” (en griego, *koinonía*). Tiene una gran riqueza de significado, y de hecho se relaciona con los cuatro lineamientos de la Partnerschaft. La comunión o *koinonía*, “encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia”, pues “es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama a nosotros a través del espíritu que Jesús nos da (cf. Rom 5,5), para hacer de todos nosotros «un solo corazón y una sola alma» (Hech 4,32)” (NMI, n. 42).

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión, este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza... Hace falta promover una espiritualidad de la comunión”. Ella nos hace “ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios”, así como “saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2)” (NMI, n. 43).

“Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia... La comunión ha de ser patente en las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales” (NMI, n.

45). Hemos sido llamados “a construir una Iglesia que sea casa y escuela de la comunión, la oración y el espíritu misionero” (DP, n. 34f; vea también n. 72; “casa y escuela de comunión y solidaridad”, y el n. 69).

¿Crecen nuestras comunidades como casas y escuelas de comunión y misión? (DP, p. 57). Compartamos tranquilamente nuestras experiencias positivas y nuestras dificultades.

2.1. Estrictamente, nuestra experiencia de Partnerschaft nos lleva a una **espiritualidad de comunión**, de unidad nueva y más amplia. No es posible hablar de cristianismo, de espiritualidad cristiana, de seguimiento de Jesús o discipulado, sin abrirnos a la comunidad: ésta es una dimensión necesaria de lo humano, según el evangelio. Ella nos ha puesto y nos pone permanentemente frente a la necesidad de abrirnos a hermanas y hermanos que comparten nuestra fe aunque hablan otras lenguas y tienen otras culturas y maneras de ser. En el caso de nuestros hermanos alemanes, esas diferencias de idioma y cultura nos parecen inicialmente una dificultad, pero después descubrimos que es una invitación a enriquecernos mutuamente: ellos a nosotros y nosotros a ellos. La Iglesia se nos presenta, no sólo ya en el ámbito de nuestras parroquias, sino en el plano de lo universal, como “**comunión de comunidades**”. La unidad de la Iglesia, descubrimos, es unidad en la diversidad. “La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades” (NMI, n. 46).

Poco a poco, el intercambio fraterno despierta en nosotros un sentido más claro del misterio de salvación, en el cual la no hay ya separación entre las personas y los pueblos, sino que **somos “uno en Cristo Jesús”** (Gálatas 3,28); dejamos de considerarnos extraños o forasteros, para sabernos “conciudadanos de los santos y familiares de Dios” (Efesios 2,19), que vamos acercándonos a “la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios..., a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efesios 4,13). En efecto, nuestra cercanía a Cristo y a su mensaje nos acerca más unos a otros.

Verificamos entonces que “la vida de comunión de los discípulos de Jesucristo es un don que muestra su unidad a través de la diversidad y pluralidad de las naciones, lenguas, razas y costumbres” (DP, n. 71). Asimismo, “la vida parroquial y la diocesana tiene(n) que expresar, en los hechos, su carácter de «comunidad de comunidades y movimientos» (EiA, n.39)” (DP, n. 73).

En el 2006, al celebrar los 20 años de nuestra Partnerschaft, hermanas y hermanos de la iglesia de Friburgo nos han invitado a abrir nuestros corazones aún más, al considerar también en nuestra oración e interés diario a las iglesias de África. Así, vamos aprendiendo a hacernos responsables de “todas las iglesias” (2 Corintios 11,28).

Lo anteriormente expresado supone que tomemos como punto de partida nuestra vida cotidiana: ¿Cómo vivimos las dificultades en nuestra casa, nuestra familia, nuestro barrio, nuestra parroquia o nuestro movimiento? ¿Cómo obstáculo o como oportunidad de enriquecimiento?

Pero además de dificultades, surgen en cada comunidad y en casi cada relación personal muchos y a veces serios conflictos: ¿Cómo los encaramos? (vea Mateo 18,15-17). ¿Recurrimos entonces con humildad a la oración y a la búsqueda de soluciones “a la luz de la Palabra”? ¿Somos capaces de rectificarnos, de pedir y dar perdón, de reconciliarnos, cuando ello es necesario? (Mateo 5,23-25; 18,15-17.21-35).

Es éste el momento en que en cada lugar se haga un ejercicio para examinar el auténtico interés que tenemos por conocer el idioma, la cultura y la situación de la iglesia hermana de Friburgo y la de las propias Partnerparroquias en Alemania.

2.2. En el actual contexto de la globalización, el llamado a la nueva evangelización debe suscitar “**una nueva acción misionera**, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas», sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios” (NMI, n. 40). “La Iglesia... no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la *missio ad gentes* sigue siendo anunciar a Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14,16)” (NMI, n. 56).

Es el mismo Espíritu de Dios quien nos conduce en la misión (Mateo 28,16-20), extendida en los diversos planos: en nuestras parroquias y comunidades, en la propia región, en nuestro país, y más allá de las fronteras (*ad gentes*).

Es necesario formular “orientaciones pastorales adecuadas a cada comunidad... dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial... En las Iglesias locales es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas -objetivos y métodos de trabajo, deformación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios- que permitan que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura” (NMI, n. 29). En el trato con todos, hermanas y hermanos en humanidad, se trata de “no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacérselo «ver»...” (NMI, n. 16).

Sobre el contexto de globalización, vea DP, ns. 112-123 (así como el n. 141), donde se dice: “La globalización será aquello que nosotros hagamos de ella. Nuestro deber consiste en «humanizar la globalización y globalizar la solidaridad” (n. 114), y esto en el aporte recíproco, sin prejuicios ni complejos.

Particular mención merece el esfuerzo de hermanarnos o fraternizar con los representantes de las diversas regiones y de las más diferentes culturas de nuestro país, que a lo largo de los siglos ha sufrido un grave proceso de disgregación y exclusión, y a quienes los hermanos o hermanas de Friburgo muchas veces reconocen más fácil y respetuosamente que nosotros mismos. Si bien es cierto que “estamos llamados a vivir las Bienaventuranzas como apóstoles, testigos y colaboradores de Cristo, que cuentan con su compañía y su poder, y han sido enviados a anunciar el Reino de Dios hasta los confines de la tierra (cf. Mt 28,20)” (DP, n. 14), es igualmente cierto y de enorme importancia reconocer que “encontrarse con Jesús y ser misionero suyo prepara al discípulo a acercarse a los diversos grupos culturales que requieren de una nueva cercanía y atención pastoral. Ellos son los grupos indígenas, afrodescendientes y de inmigrantes, que requieren ser mejor acogidos y estimados en la rica pluralidad de sus valores y expresiones culturales, como también en la búsqueda de una mayor inculturación de la liturgia” (DP, n. 83).

Ahora que se advierte especialmente una “globalización asimétrica de valores” que “tiende a alterar la identidad cultural de casi todos los pueblos” (DP, n. 121), el reclamo de los pueblos originarios, urge a “la promoción y el aprecio de sus grandes valores

como aportaciones providenciales para nuestro tiempo, lo que implica el respeto a su cultura y a formas ancestrales de organización” (DP, n. 127).

“Otro camino prioritario para el discípulo de Jesús es el acercamiento y la búsqueda de la unidad entre todos los que creemos en Cristo” (DP, n. 91), en lo cual la experiencia de nuestras Partnerparroquias de Alemania puede ayudarnos.

*¿Actuamos efectivamente como misioneros y portadores de la Buena Noticia de Jesús?
¿Nos esmeramos realmente en tratar fraternalmente a nuestros hermanos de otras lenguas y culturas? ¿Consideramos que ellos sólo pueden aprender de nosotros, o, por el contrario, creemos que podemos aprender también de ellos?*

2.3. Una sincera espiritualidad de comunión nos lleva a una **comunicación** abierta y transparente. Dios nos ha dado la capacidad de hablar (escribir, etc.) no sólo para que podamos expresarnos, sino también para que abramos un diálogo efectivo con quienes son de hecho hermanas y hermanos. En el diálogo, escuchamos con atención a los otros, manifestamos con claridad nuestras propias opiniones, intentamos enriquecernos unos con otros, y buscamos llegar a consensos. Hay que buscar esta comunicación con nuestras Partnerparroquias, pero también al interior de la propia comunidad y en las reuniones que acostumbramos tener con otras comunidades.

Un aspecto fundamental de este esfuerzo de comunicación, no sólo desde el punto de vista cristiano, es la transparencia; y un aspecto de ella, es la que se refiere a aspectos económicos.

¿Cómo podemos mejorar, en forma concreta, nuestras experiencias de comunicación, y de transparencia en los diversos niveles?

2.4. La comunión nos conduce también a una **práctica de solidaridad recíproca**. El recordado Cardenal Juan Landázuri decía que nadie es tan pobre que no pueda dar, ni tan rico que no pueda recibir. La experiencia en la Partnerschaft nos lleva a comprender que, en esta relación compleja (al interior de cada comunidad, en las relaciones con otras comunidades en el propio país, en la relación entre las Partnerparroquias) todos podemos y debemos aportar algo. La experiencia de las primeras iglesias es elocuente (ver Romanos 15,25-27; 2 Corintios, caps. 8 y 9). La comunicación de bienes y dones o talentos ha sido constante en la historia de la Iglesia, y encuentra en la Partnerschaft un espacio muy estimulante para ahondar en él. La opción preferencial por los hermanos y las hermanas más pobres es un signo fundamental de autenticidad cristiana.

“A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano”, en especial “hacia los más pobres”..., donde “hay una presencia espacial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos” (NMI, n. 49).-

Revisemos con profundidad nuestras actitudes en el mutuo dar y recibir, y en particular nuestra apertura a los más necesitados de nuestros hermanos (Mateo 25,31-46).

2.5. Desde el Perú, hace algunos años (**JÜRGEN: ¿cuántos?**) consideramos necesario añadir a los tres primeros lineamientos uno más, el de la **organización**. No se trata de una dimensión ligada sólo ni principalmente a la eficacia, sino que debe ser el reflejo y la concreción de la espiritualidad de comunión. Las modalidades específicas que en cada comunidad se organiza deben analizarse y ser ante todo una manifestación de la acción del Espíritu de Dios. Nos dijo el Papa Juan Pablo II que “la comunión da un alma a la estructura institucional” (NMI, n. 45).

¿Nuestra organización y la forma de tratarnos, expresan adecuadamente un espíritu evangélico de fraternidad y sencillez?

Para concluir, hagamos un rato de oración compartida con los textos que siguen:

“La Iglesia mira ahora al Cristo resucitado...” (NMI, n. 28).

“Que Jesús resucitado, el cual nos acompaña en nuestro camino, dejándose reconocer como a los discípulos de Emaús «al partir el pan» (Lc 24,30), nos encuentre vigilantes y preparados para reconocer su rostro y correr hacia nuestros hermanos, para llevarles el gran anuncio: «¡Hemos visto al Señor!» (Jn 20,25)! (NMI, n. 58).